

Discurso pronunciado en la inauguración del Instituto Juárez*

>Manuel Sánchez Mármol**

Et eritis sicut dii.
Y seréis como dioses.
Génesis mosaico, Cap. III. V. 5.

4
Cinzontle

Señor Gobernador, señores:

Si alguna vez hubo para nuestro suelo ocasión de justo y santo regocijo, es sin duda en este día, en estos solemnísimos momentos en que asistimos al que no vacilo en llamar el acontecimiento más trascendental de nuestra historia. Pero algo más que un acontecimiento es el motivo que aquí nos congrega: estamos ante la aurora de una época que surge del seno de los tiempos para alumbrar nuestro porvenir con inacabables fulgores; a su aparición, la ignorancia y su inseparable consorte, el vicio, huirán despavoridos como huyen las aves de la noche al primer despunte del alba.

Yo considero esta solemnidad como un movimiento de concentración del país en sí mismo; como una evolución de su gran conciencia que por la vez primera le revela su propia dignidad, y lo empuja a tomar el puesto que le corresponde en el certamen permanente de la civilización.

Los hijos de Tabasco, devorados por la sagrada sed de la ciencia, pedíamos a nuestros padres la abreviaran, y nuestros padres, que a duras penas habían logrado obtener en el país una mala escuela de primeras letras, tiranizados por el deber de satisfacer una aspiración noble, con el corazón sangrando, nos arrancaban al seno del hogar, donde dejábamos a nuestras madres sumergidas en el dolor, para ir a tierras lejanas a comprar la divina eucaristía de la idea. Este rompimiento del lazo de la familia en los floridos y peligrosos años de la adolescencia, cuando los sentimientos comienzan a formarse, este alejamiento del país natal en el periodo en que las ideas empiezan a relampaguear en el cerebro, no podían menos que ser perniciosos bajo diversos puntos de vista. Al cabo de diez o doce años de ausencia, el adolescente tornaba hecho hombre completo, pero al reentrar al nido de la familia, ya no experimentaba aquel dulce calor que el amor materno sabe difundir en el corazón de los hijos; sus sentimientos diferían de los sentimientos que palpitaban bajo el techo común, y que son la verdadera solidaridad de la familia, y si no extraño y si no indiferente del

todo, volvía más como un huésped deseado que como hijo cariñoso. El estudiante tornaba sabio, pero ignorante de las necesidades de su país, cuyos hábitos y costumbres había olvidado, trayendo en cambio los adquiridos allí donde sus facultades acababan de desarrollarse. De aquí la tibieza para con los suyos; de aquí la indiferencia para con el propio país; de aquí el descuido por cuanto interesar pudiera al bien general; y el hijo culto, el sabio esclarecido, sin preocuparse de nada, encerrado en sí mismo, quedaba para siempre encastillado en el egoísmo estéril y sin horizontes.

Así, sólo así, señores, puede explicarse cómo es que nuestro Estado, al cabo de sesenta y seis años de existencia autonómica, carezca de todo y todo lo tenga por hacer. Sólo así puede explicarse cómo este suelo, maravillosamente preparado para ser asiento de una floreciente agricultura, para ser modelo de caridad y patriotismo, no tenga asegurada una vía al tráfico de sus productos, ni un mal hospicio para sus desvalidos, ni un humilde albergue en que alojar a sus poderes públicos.

Empero todo se hará. La obra de hoy garantiza el trabajo de mañana,

* El título original, que por cuestión de espacio resumimos, es "Discurso pronunciado en la inauguración del Instituto Juárez del Estado de Tabasco, en San Juan Bautista, capital de dicho Estado."

** Manuel Sánchez Mármol (1839-1912) fue un escritor, abogado y político tabasqueño, miembro de la Academia Mexicana de la Lengua.



De la serie Casa de la memoria, 1.

y en este primer día de nuestro génesis social tenemos derecho a que no se nos niegue toda iniciativa, a que se nos reconozca, en justa compensación del poder de destruir que tantos años hemos ejercitado, la facultad de crear.

Las grandes realidades no se improvisan.

Tiempo y perseverancia son dos colaboradores que se completan en la consumación de todo proyecto.

Ved si no, señores, al término de cuantos años, el pensamiento concebido por Cárdenas, acariciado por Ruíz de la Peña, bosquejado por Alpuche, ha venido a tomar cuerpo y a convertirse en palpitante realidad. Incubada la idea, desarrollábase de un modo desapercibido para hacer eclosión en este supremo momento, merced a los tesoneros esfuerzos del digno e ilustrado ciudadano que rige los destinos de nuestro país. La que él realiza hoy, pudieron hacerlo los que le precedieron; gloria suya es haber coronado la empresa que otros por incuria, por inconstancia o por descreimiento, no se atrevieron a abordar.

El gobernante que tal ha hecho no necesita hacer más para perpetuar su nombre: él ha conquistado con los aplausos de la historia, las bendiciones de los tabasqueños.

Señores:

Hay en nuestro planeta, en la humanidad, tan hondamente dividida en sus creencias y en sus intereses, un culto universal: ese culto es la ciencia. Templo erigido al saber es el que aquí se levanta para glorificación de nuestro suelo. Pero ¿qué es la ciencia? ¿Acaso una abstracción? ¿Por ventura, una palabra inventada para servir de careta a nuestra ignorancia, o tal vez el delirio en que la humana impotencia se refugia para dar ocupación a su devoradora actividad? No; la ciencia es lo positivo, lo real, lo que hay en las cosas de cierto. Es el conjunto de verdades acumuladas por la observación y el estudio, para ser aplicadas al mejoramiento de la condición humana. Así considerada, la ciencia es la historia de la humanidad, el cumplimiento fatal de la ley de desarrollo y crecimiento a que viene sujeta desde su aparición en

la tierra. Por la ciencia el hombre es lo que ha llegado a ser; sin ella, fuera inferior al bruto; pues mientras que el hombre nace impotente e incapaz de todo, el bruto cuenta desde el primer día de su existencia con un organismo adaptable a la satisfacción de todas sus necesidades. Contra esta superioridad de la bestia, tiene el hombre la facultad de perfeccionarse; tiene la inteligencia. Provisto de ella sola, cayendo y levantando por entre las tinieblas de la ignorancia, hallando un tropiezo en cada error, un obstáculo en cada preocupación, va siempre adelante en pos de la adquisición del bien y de la verdad, divinos ideales encendidos por la mano del Creador en los horizontes de la vida, como indeficientes fanales.

Veamos si no qué serie de luchas ha tenido que sostener, qué encadenamiento de evoluciones que cumplir para alcanzar el culmen de su actual grandeza.

Enclenque y raquíptico a su advenimiento al mundo, desprovisto de toda defensa natural para establecerse en el planeta, abandonado a

6

Cinzontle

las inclemencias de las estaciones, inclinada su frente al suelo a que tiene que reclamar con afanes penosísimos el cotidiano sustento, sin más auxiliares que su razón y la conciencia de su libertad, ha ido gradualmente ascendiendo en la escala del perfeccionamiento y tomando lenta pero segura posesión del imperio terrestre.

Su habitación primitiva, el hueco de algún árbol carcomido, se transforma al correr el tiempo en la humilde barraca, la barraca se convierte en choza, la choza en casa y la casa en el palacio espléndido decorado con las magnificencias del oro y el jaspe; con las ideales bellezas de la estatuaria, la plástica y la pintura, sobre las que el día amortiguado a través de caprichosos cristales, esparce sensual claridad, en tanto que la noche no osa envolverlas en sus sombras, antes huye al esplendor de las constelaciones de bujías que suspendidas del techo mienten un cielo fantástico creado por esa hada milagrosa, el arte.

Predestinado al dominio de la tierra, los elementos no resisten su voluntad si no para mejor coronar sus empresas.

Rey de la llanura en la edad pastoril, rey de los bosques con Nemrod, rey del desierto con los faraones de las pirámides, cuando ha conquistado la dura tierra, cuando uncido al arado el bruto, ha podido levantar la altiva frente hecha para sondear el infinito, aventúrase a empresas inabordables a fuerza de temerarias. Nada le queda por dominar en la extensión del suelo; pero allí está el mar desafiándole con su inmensidad, y se lanza en medio de las encrespadas ondas en busca de lo desconocido.

La corteza del árbol, nave primera en que surcó las aguas, de metamorfosis en metamorfosis, de la chalupa a la galera, de la galera al trirreme, del trirreme al barco tirio de velas de púrpura, del tirio, perfeccionado por la comercial Cartago, a la carabela bajo cuya quilla

encontró Colón el complemento del mutilado planeta; de la carabela al navío de tres puentes que aprisiona en sus lonas dos mil pies cúbicos de aire; del monstruo alado al monstruo de fuego forjado por la mano vulcánica de Fulton, acaba por llevarle al avasallamiento del amargo piélago, que ruga a sus pies inofensivo como un león domesticado. Ni su furia le aterra, ni le impone su inmensidad; tiene contra la primera el timón, y contra la segunda el secreto de todas las rutas en la brújula de Flavio Gioja.

Aquel inválido a quien Moisés nos pinta lloroso y anonadado a las puertas del perdido Paraíso, es hoy un dominador irresistible; todo lo intenta y lo alcanza todo. Después de universalizar el pensamiento aventándolo a los cuatro vientos con la catapulta de Gutenberg, después de arrebatarse con Franklin a los cielos el temido rayo, de abrir los mares al tráfico de todos los pueblos, de romper las fronteras geográficas con el ariete de la locomotora, de dar con Morse instantánea ubicuidad a las palabras, viene con Edison, el taumaturgo de treinta años, a almacenar perpetuamente los sonidos y a comunicarles el don de propagación interminable.

Pero eso no basta a satisfacer su sed de dominación. Ha visto sobre el cono del volcán el penacho de lava y quiere investigar la causa productora del aterrador fenómeno. Y de este nuevo atrevimiento brota la geología.

Las entrañas del globo en que habita encierran un misterio, y quiere descubrirlo, y para alcanzarlo hace volar las rocas en polvo convertidas; sepúltase bajo la formidable masa de las montañas, y en aquella noche de los sepulcros descubre el oro de brillo seductor y el diamante, rayo de luz petrificado; enriquecese con la adquisición de todos los metales que la tierra ofrece en tributo a su audacia, y después de cavar y de descender a profundidades pavorosas, halla en las florestas sepulta-

das por efecto de las convulsiones plutónicas del planeta, el calórico que necesita para dar movimiento a sus máquinas, y el rayo plateado del gas para iluminar sus ciudades, con luz tan pura como la de la casta Febea. Y de esa excursión orfeica a los infiernos de la mitología, trae a la superficie del globo nuevos tesoros de ciencia. En la superposición de las capas geológicas ha encontrado la revelación de los largos períodos seculares por que ha pasado la tierra para llegar a su actual conformación, y ha podido determinar el espesor de su parte endurecida, verdadera película sobre que gravita la humanidad con sus palacios y sus monumentos, con su orgullo y sus miserias.

Mares, tierra, abismos, todo ha sido engrandecido por el humano estudio. Si no ha dotado su naturaleza de un nuevo órgano, ha sabido extender el alcance de los de que está provista; para lo infinitamente pequeño inventa el microscopio; el telescopio para lo infinitamente distante. Así el hombre tiene hoy ojos de que ayer carecía, porque hoy ve lo que antes se le ocultaba: ni el ácaro por diminuto ni la nebulosa por lejana, escapan al imperio de sus facultades. Si los Titanes de la fábula fracasaron en su empresa de asaltar los cielos, el hombre tiene ya la escala para subir a ellos, según la valiente expresión de Arago, en la luz combinada con el tiempo. Con esa medida en la mano, no hay punto en el espacio cuya distancia a nuestro corpúsculo celeste no pueda ser matemáticamente determinada. El escalamiento de los cielos está consumado: Tales, Pitágoras, Ptolomeo, Copérnico, Tycho Brahe, Kepler, Galileo, Newton, Laplace, Herschel, Arago, Leverrier y Secchi, he allí los atrevidos exploradores del espacio infinito, que por una cadena no interrumpida de progresos han llegado a hacer del universo estelar, objeto de estudios y de experimentos tan precisos como los de la física y la



De la serie Casa de la memoria, 4.

química. Si queremos darnos una idea del portentoso avance de la ciencia astronómica, basta comparar el estado que respecto a ella guardaban los conocimientos humanos en los tiempos de Heródoto, quinientos años antes de nuestra era, con el que al presente han alcanzado. Para el ilustre historiador carriota era un hecho inconcuso que el Sol era llevado de oriente a occaso por los vientos Estecios que se alzaban de los confines de la Lybia, ni más ni menos cual las modestas mongolfieras de nuestros festejos públicos; en tanto que hoy, la ciencia ha llegado a demostrar que a más del movimiento de traslación de todo nuestro sistema planetario al rededor de su foco común, este foco, el Sol, cortejado por los planetas de nuestro universo, marcha, se precipita hacia un punto de la constelación de Hércules con la vertiginosa rapidez de diez mil metros por instante, es decir, veinte veces más a prisa que el proyectil lanzado por un cañón Krupp.

Se comprende, señores, cómo la humana inteligencia seducida por el irresistible encanto de las regiones

siderales, haya hecho de ellas desde los siglos más remotos objeto preferente de su observación y de sus estudios. El hombre gravita hacia la inmensidad, y sus ojos parecen intencionalmente dispuestos para mirar a los cielos:

*Os homini sublime dedit...
et erectos ad sidera tollere vultus,*

como dijo el poeta. La imaginación, incitada por la inalterable armonía que reina en las altas esferas, extasiada ante el enjambre de soles y estrellas esparcidos en el espacio sin término, ha llevado al hombre de la contemplación poética a la observación científica, y al sorprender las leyes que rigen el cosmos eterno, orgulloso del poder de sus facultades y anonadado en su propia pequeñez, ha sorprendido el secreto de sus destinos, ha vislumbrado en el fondo de tantas maravillas al Ser desconocido, pero sentido, cuya presencia está denunciando el polvo argentino de la Vía Láctea.

Pero aún había algo bajo los astros, no explorado por la ciencia. La esfera que constituye nuestra morada

no se compone tan sólo de mares, continentes y subsuelos: un fluido sutil la circuye, y era necesario tomar posesión de ese extraño elemento en que se mecen son su coqueta volubilidad pájaros y nubes. La ley de las densidades ofrecióle el medio de penetrar en las altas capas atmosféricas, y los Glaisher, los Tissandier, los Sivel y los Flammarion, al resolver el problema de la navegación aérea, preparan el trascendentalísimo descubrimiento del vuelo humano, que este nuestro glorioso siglo verá realizado.

Cuando el Satanás de la leyenda mosaica, para consumar la seducción de nuestros primeros padres, los halagaba con la promesa de que serían como dioses, eritis sicut dii, estaba sin duda muy distante de pensar que profetizaba. El hombre cayó; mas su actividad y su libertad, fueron las poderosas alas con que se levantó hasta la deificación.

Si grandiosas son las conquistas alcanzadas por el hombre en su incesante lucha con la naturaleza, el espectáculo que nos ofrece en el dilatado campo de las ciencias morales no puede ser más hermoso.

Desde la política, la más compleja de esas ciencias, hasta la antropología, la más atractiva de todas, nada ha dejado por sondear el estudio humano, ilustrándolas día por día, ensanchando año por año el estrecho horizonte a que antes estuvieron reducidas.

Vedle si no, señores, salir de la servidumbre del suelo para elevarse gradualmente al reinado del derecho por la transfiguración del autómatas en ciudadano.

Encerrado en el automatismo personal de las edades primitivas, quebranta, como la oruga, la forma que le aprisiona, para caer bajo la autoridad absoluta del patriarcado; se emancipa del poder absorbente del patriarcado, y constituye la tribu, primera agrupación civil de nuestra especie; de la tribu, que es un gran progreso, nace un gran vicio, las castas; de las tribus emer-

gen las primeras nacionalidades, mas este nuevo avance engendra el derecho de la guerra, y de él brota una lepra: la esclavitud. La esclavitud persiste por largas centurias, mas la civilización en su incesante empuje socava sus cimientos, hasta conseguir borrarla del derecho internacional. Como las nieblas de invierno resisten al embate de la luz, así la esclavitud, bajo el disfraz de trata vergonzante, no ya como un derecho, logra mantenerse en pie y manchar con su infamia los siglos más gloriosos de la historia.

La hora sonó por fin, señores; y el hombre, esclavo primero de la tierra, y luego del soldado vencedor, y del sacerdote, y del señor feudal, vasallo de la corona después, sintiendo en el fondo de su alma el grito de su dignidad, reencontró en el Sinaí de una revolución sangrienta las Tablas de la ley natural, y las palabras Libertad, Igualdad, Fraternidad, allí escritas, se reflejaron en todas las conciencias, para ser trasladadas a las constituciones de todos los países cultos. La política había envejecido en el principio: el hombre para la sociedad; la sociedad para el hombre, fue el axioma de la política rejuvenecida para no envejecer jamás.

Las ciencias económicas, después de siglos de gestación penosa, rompen con los gremios rutinarios, abrogan el estagnante monopolio, demuestran la impotencia del sistema prohibitivo para alentar las industrias, crean los bancos, convierten el crédito de abstracción moral en valor cambiante, dan con la ley malthusiana los principios a que está sujeta la reproducción de nuestra especie y las reglas a que debe acomodarse para no desequilibrar los medios naturales de subsistencia, redimen la mano de obra de los abusos del capital por las cajas de ahorros, e impregnado el trabajo y el capital del espíritu vivificador de la libertad, llegan a establecer el orden y la armonía entre lo que está abajo y lo que está



De la serie Casa de la memoria, 6.

arriba, y a dar una distribución más equitativa a los beneficios de la naturaleza.

La filosofía, tan avanzada ya en la Edad Media, continúa sus evoluciones de desarrollo, imprimiendo a cada siglo, a cada generación un tipo característico, y trayendo a la razón humana nuevos medios de análisis para la investigación de la verdad. A los ojos de las gentes poco dadas a los estudios filosóficos, éstos permanecen estacionarios, ni más ni menos como los dejaron Platón y Aristóteles; para ellas, la verdad filosófica no es más conocida hoy, de lo que lo fue en los tiempos del escepticismo clásico. Es que no reflexionan que la verdad tiene lados variables e infinitos que es necesario estudiar en detalle para llegar al conocimiento del conjunto. De este modo considerada, cada una de las sectas que

se han dividido el imperio de la filosofía ha prestado un servicio a la causa de la verdad. Académicos, peripatéticos, escolásticos, nominalistas, racionalistas, causalistas, eclécticos, idealistas y materialistas, todos han contribuido con el contingente de sus investigaciones al adelantamiento de la ciencia. Tal vez contra este adelanto se objete el hecho de que las controversias filosóficas mantienen hoy las mismas tendencias que las animara desde la época de las escuelas griegas; mas esto sólo prueba que el problema no está resuelto del todo; no que no estén eliminadas multitudes de incógnitas que hacen ya entrever su solución. Nuestro siglo, la época en que vivimos está presenciando la animada, la deslumbradora contienda renovada bajo nuevas formas por el materialismo y el espiritualismo. En tanto que los

Buchner, los Feuerbach, los Moleschott, los Óscar Schmidt, conciben y abordan el atrevido intento de resolver por medios puramente positivos los problemas de la humana existencia, los Carlyle, los Sterling, los Paul Janet y los Augusto Laugel, oponen vigorosa resistencia a los avances del materialismo, y en lenguaje inspirado defienden la causa del principio espiritual. Pero en esta contienda ¡cuán asombrosa diferencia se advierte en el fondo y en la forma con las luchas de las escuelas precedentes! No parece sino que Carnéades y sus opositores lucharon con la honda y la flecha, mientras que los filósofos contemporáneos combaten con todo el formidable aparato de la guerra moderna, indicio inequívoco de los progresos de la filosofía.

La moral misma, señores, respecto de la cual creíase que el cristianismo había pronunciado la última palabra, crece, se desarrolla, perfeccionase como las demás ciencias; pues a medida que se ensancha la esfera de acción de la libertad individual, la responsabilidad personal aumenta y se dilata. El hombre actual, incomparablemente menos sujeto a la tutela del Estado que el hombre de otros tiempos, es incomparablemente más responsable de sus actos, y por consiguiente, más moral que sus predecesores.

Al escuchar el ruido atronador que producen las cotidianas maravillas de la mecánica, creíase que la humanidad aturdida no tiene tiempo de ocuparse de las cosas puestas fuera del alcance de sus sentidos, hasta el punto de olvidarse de su propia corrección interior. Y, sin embargo, en medio de este estruendo brota de los cerebros de un grupo de pensadores una nueva ciencia moral. No basta al hombre sentir su propio mejoramiento; no le basta conocer que adelante; no está satisfecho con vivir bajo el influjo de una civilización cada vez más avanzada; necesita conocer las complicadísimas leyes que las sociedades humanas

siguen en su desarrollo, crecimiento y decadencia; quiere hacer de las tinieblas del pasado una antorcha para alumbrar la noche del porvenir, y Comte y Stuart Mill emiten las primeras ideas de la ciencia sociológica, que Herbert Spencer, con un poder de análisis y de generalización sin ejemplo, formula en principios para ser aplicados a la vida y porvenir de las sociedades. La sociología es una ciencia que nace, pero sus albores revelan el orto de un sol magnífico, cuyos destellos desterrarán de la historia toda sombra importuna, para hacer de ella con verdad la maestra de la vida de los pueblos.

La antropología, esa otra ciencia moral, si no dada a luz, impulsada en una nueva y fecunda dirección por el genio de Carlos Darwin, es otro testimonio irrefragable de la potencia creadora de la humana inteligencia y de la perfectibilidad de sus facultades. La antropología puede enorgullecerse de haber difundido nueva e intensísima luz sobre el origen de nuestra especie, y de haber venido a completar la historia del hombre y del planeta en que habita con el contingente de sus importantísimos descubrimientos. Ella, reconstruyendo con el auxilio de la paleontología y de la geología al hombre de la Edad de Piedra, ha sabido darnos a conocer a ese nuestro laborioso y paciente antepasado, cuya sola presencia basta a mostrarnos la inmensa jornada hecha por la humanidad en el camino ascendente del progreso. He ahí la ciencia, señores; y he ahí sus milagros.

El hombre, ser eminente, esencialmente perfectible, ha llegado por el trabajo, por el estudio, por la experiencia y por la corrección, al alto nivel que hoy ocupa en la escala de los seres terrenales. Por esos propios medios subirá aún más y seguirá subiendo para cumplir su

destino, que es, como dice Laurent, “desarrollar por su propia actividad y a su propio riesgo las facultades con que le dotó el creador.”

Si el hombre se detuviera jadeante o cansado, si desdeñara el ir más allá cayendo en brazos de la inercia, a pesar de la inmensa suma de progreso o de ciencia, que son dos nombres de una misma idea, a pesar de la suma de progreso con que al andar de los tiempos se ha enriquecido, bien pronto caería en estúpido letargo; la inteligencia cedería su cetro al instinto, y los cantos de la creación desaparecerían en medio del estrépito de las bestias feroces. Porque, señores, la naturaleza no es bella sino por la ciencia. Suprimidla, y la creación será como un gran poema ignorado, como un libro compuesto de preciosas páginas que nadie leyera.

El hombre científico, y entiendo por tal todo el que observa y medita, el hombre científico ha completado a Dios, permitidme la blasfemia; porque si Dios ha hecho las cosas que existen, el hombre ha comprendido su obra. Quitad al hombre del seno de la creación, y Dios quedará mutilado, pues ya no habrá quien interprete esos jeroglíficos de oro suspendidos en los cielos, que hacían exclamar al Rey poeta:

Coeli enarrant gloriam Dei, et opera manuum eius annuntiat firmamentum.

He dicho mal, señores: Dios no quedaría mutilado, quedaría anodado; que muerta la conciencia, muerta la lengua humana, ya no habría quien la sintiera y proclamara Padre y Señor de cuanto existe. Estudiar es saber; y la ciencia es al propio tiempo clave y causa de todo adelanto. A su influjo, los horizontes de la vida se ensanchan, y las facultades del alma se dilatan vivíficas, como los pétalos de la flor matutina a las primeras caricias del día.

9

Cinzontle

10
Cinzontle

La humanidad, continuamente estudiando y perpetuamente aprendiendo, levanta inapercibida la Babel invisible con que ha de tocar los cielos. ¿Y los tocará? ¡Nunca! Porque si la ciencia tuviera un límite, habría límite para el infinito, porque habría entonces un punto en que lo transitorio, el hombre, se transustanciase en lo permanente, Dios; en que la vida humana, sueño de una sombra, según la expresión de Píndaro, relámpago que se desvanece entre dos noches, el pasado y el porvenir, se confundirían con la inmutable eternidad, y esa tangente es imposible con imposibilidad metafísica.

Cuando niños, creemos que si marcháramos en una dirección dada, llegaríamos a tocar la azulada bóveda que extendiéndose sobre nuestras cabezas parece reposar en el suelo; pero marchamos y marchamos, y la engañosa bóveda, siempre a la misma altura, burla nuestras ilusiones. Así la ciencia; el hombre puede enumerar la suma de conocimientos adquiridos; mas no puede ni siquiera calcular los millones de millones de siglos que necesitará pasar en la tierra para llegar a la ciencia suma.

Sempiterno batallador, el reposo le está prohibido. No sale de una lucha, sino para entrar en otra. Para él todas las edades son críticas, y de crisis en crisis, hace su tránsito en el espacio y el tiempo. Verdad es que de esas luchas, que de esas crisis interminables sale cada vez más perfeccionado, y que sí:

Las torres que desprecio al aire fueron a su gran pesadumbre se rindieron,

de sus escombros álzanse monumentos más grandiosos para proclamar el incesante mejoramiento de la humanidad. Nada hay permanente ni inmutable en la vida del planeta, mas que esta ley, la perfectibilidad, y fundados en ella podemos afirmar con certeza, que si este nuestro siglo es dos veces

más grande que el que le precedió, el que le suceda será cuatro veces mayor que el actual. Houssaye ha dicho: "La civilización sigue la misma ley que los cuerpos, en su descenso, crece como el cuadrado de los tiempos", y esas breves palabras encierran, a mi juicio, la fórmula del humano progreso.

Estudiar es saber, y quien estudia halla un venero inagotable de encantos y armonías en esta fecunda naturaleza que encierra un ideal en cada forma, un hechizo en cada accidente, una maravilla en cada átomo. La ciencia lo ennoblece todo, y a sus ojos, el insecto perdido en las últimas fronteras del mundo microscópico, no es menos digno de atención que el cóndor suspendido sobre las altas crestas de los Andes. La belleza está en todas partes, arriba y abajo; si el cielo se ilumina con el brillo tembloroso de sus astros, la tierra se engalana con sus flores de mil matices y perfumes. La ciencia, enriqueciendo sin cesar el caudal de nuestras ideas, eleva y engrandece el espíritu, despeja nuestra conciencia, nos instruye en la extensión de nuestros deberes, hácenos adivinar el secreto de nuestros destinos, si ignorados, presentidos, y arrebatándonos en el vuelo invisible del éxtasis, nos lleva de arrobamiento en arrobamiento hasta sumergirnos en el insondable infinito.

La ciencia es Dios; abordémosla, pues, con fe perseverante para preparar nuestras almas a la inefable visita de la Divinidad, y cuando en medio del estudio sintamos brotar en nuestro cerebro una inspiración levantada o latir en nuestro seno un sentimiento de bondad, regocijémonos, porque es señal inequívoca de que Dios está con nosotros.

Señores:

En este fausto día, la mano providente del Estado abre aquí un gimnasio al desarrollo de las facultades morales de la juventud, que

huyendo de los goces sensuales que enervan el espíritu, aspira a consagrar la actividad que el Creador recibiera a más noble objeto. Justicia y previsión son dos atributos que engrandecen al poder; el poder que crea esta institución, prevé y hace justicia. Prevé, porque con él prepara al país un porvenir de sensatez y cultura, prenda cierta de orden, de paz, de libertad y de adelantamiento; hace justicia, porque lo pone bajo la protección del nombre más grande de nuestra historia, del nombre de Juárez, honra de México, gloria de la humanidad. El gobierno ha llenado su deber. ¿Sabrán cumplir con el suyo los que están llamados a secundarlo? Esfuerzos sin cuento, perseverancia ejemplar ha sido preciso impender para constituir este instituto; mas esto es mucho y es nada; mucho como empresa de un hombre; nada como obra de duración.

El *Instituto Juárez* nace hoy como esas grandes aventuras que no sabe si alcanzarán el siguiente día; a las clases acomodadas del Estado toca resolver el problema. De su concurso debe esperarse todo; de su concurso depende que esta fiesta no sea diversión pueril; que el paso dado hoy no sea paso de parálisis; que este encumbramiento no sea caída vergonzosa; que el sol que ahora apunta no sea fuego fatuo precursor de tinieblas; de su concurso depende que el *Instituto Juárez* tenga vida propia y saludable crecimiento. Debemos esperarlo, y si nuestras esperanzas se cumplen, la gloria de este día no será gloria exclusiva del Gobernador Sarlat: será gloria de todos los que acogiendo su generosa iniciativa se apresuren a secundarla.

BIBLIOGRAFÍA

Instituto Juárez de Tabasco. (Primer centenario de su fundación). Villahermosa, Tabasco. Gobierno del Estado de Tabasco, 1979, pp. 25-36.